

NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO JUNIO 2013

ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

¿LA DECADENCIA DE OCCIDENTE?

ESTADOS UNIDOS BUSCA su identidad; Europa ha perdido su camino; China se está redescubriendo a sí misma. Y así los melancólicos «violines del otoño» repiten su estribillo en las tierras del sol poniente. Extraños tiempos: la difícilmente perenne idea de «Occidente» se utiliza de manera omnipresente para ennoblecer a los sospechosos habituales, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Los creadores de opinión festejan el «occidentalismo» y piden nuevas rondas de intervenciones militares occidentales, pero el tristemente famoso concepto de Spengler, *The Decline of the West*, aparece de nuevo en las páginas de opinión. Basta de Rambo; de vuelta a Hamlet. Las causas del malestar están claras: hundimiento demográfico, desindustrialización, deudas y déficits públicos, contaminación ambiental, caída de la competitividad, tipo de cambio del yuan, pérdida de fe en el modelo de crecimiento, etcétera. El catálogo es de sobra conocido.

La sensación de depresión se debe en buena medida a la influencia de los contables, una consecuencia de una sociedad mercantil y manufacturera que ha malgastado sus propios fundamentos históricos y culturales. Habida cuenta del discreto silencio de los antropólogos, de la ultraspecialización de los historiadores, del retraimiento de los geógrafos, del academicismo de los sociólogos de la religión, difícilmente sorprende que, cuando los economistas establecen la clave, lo que sigue es un adagio. Como si una balanza de pagos sana fuera suficiente para asegurar el poder y la influencia en vez de una simple condición; como si Occidente nunca hubiera conocido los déficits, el estancamiento, la recesión y las quiebras bancarias. Una posición hegemónica no depende solo del tipo de cambio o del precio del factor trabajo. Si el PIB determinara el rango,

entonces el sermoneante ectoplasma de la UE estaría en los mismos términos que Estados Unidos y China. De hecho, la RPCh, ya la mayor potencia comercial del mundo –y en 2030 probablemente la mayor economía, como lo fue hace doscientos años–, podría simplemente saltar al número uno. Pero nada de esto está predeterminado. Al margen de cualquier otra cosa, la economía política carece de instrumentos para comprender las sutiles diferencias entre el peso de una nación y su papel, entre influencia y preponderancia, entre lo económico y lo político; estas cosas no se enseñan en una escuela de negocios. Se encuentran detrás o debajo de los datos estadísticos, y es necesario que todos los que hablan del fin de la preeminencia occidental –impacientemente en el Este, lastimeramente en Europa– las tengan en cuenta. Un balance, aunque sea breve, puede servir para presentar estos factores invisibles, adoptando una visión clínica en vez de la de un curandero o un agente funerario. En primer lugar haremos una lista de las cartas ganadoras de Occidente, después de sus desventajas.

CINCO TRIUNFOS

Una cohesión sin precedentes

«Occidente», en gran parte una invención mítica –aunque los mitos no carezcan de importancia–, ha atravesado muchos avatares en el último milenio: el cristianismo hacia 1250; la Europa Ilustrada hacia 1750; el club de Berlín hacia 1900, para repartirse el planeta; el «Mundo Libre» hacia 1950, codo con codo con Stalin. Toda comunidad humana se constituye a sí misma en contra de un oponente, y las cristalizaciones de Occidente siempre han funcionado a través de un antagonismo con un entrometido y malevolente Oriente: sarraceno u otomano, razas inferiores, propietarios de esclavos, oscurantismo, el Gulag. Un drama en cien actos diferentes entre el bien y el mal, la civilización y la barbarie, la luz y la oscuridad. Pero ninguna de estas manifestaciones históricas de «Occidente» tenía nada parecido al nivel de organización y coherencia del Occidente actual. El mundo natural sugiere una imagen de brumosos, estetizantes contornos para la tierra donde se pone el sol. Por el contrario, el perfil geopolítico de la zona euroatlántica se define claramente con una palabra: la OTAN, con «Occidente» como su seudónimo. El sistema político militar está actualmente sufriendo una expansión: su vanguardia está situada en el occidente de Occidente, Estados Unidos,

pero ahora incluye a la vieja Europa del Este hasta los Estados del Báltico. Esta «arquitectura de seguridad» tiene sólidos apoyos en la región de Asia-Pacífico con Japón, Taiwán, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda. Y si Estados Unidos interviene aquí por cuenta propia, fuera de la OTAN, todavía tiende a hacerlo en nombre de Occidente, hablando en nombre de su seguridad y sus valores.

Occidente es unipolar: ninguno de sus miembros discute el liderazgo estadounidense. Las aberraciones de George W. Bush dejaron a los gobernantes europeos o bien imperturbables o bien fascinados: ninguna voz de protesta se levantó contra la invasión de Iraq, excepto brevemente la de Francia, para horror de la mayoría de sus colegas. Occidente se ha convertido en el único bloque multinacional capaz de una rápida y coordinada utilización de la fuerza, como en Yugoslavia, Afganistán o Libia. La Organización de Estados Americanos está dividida, MERCOSUR balbucea, el ALBA declama, el norte de África está internamente fragmentado, la Unión Africana está a disposición de quien la quiera. La Liga Árabe, la Organización de Cooperación de Shanghái y la ANSA son foros, no órganos totalmente equipados para tomar decisiones. El G20 se ha convertido en un acontecimiento mediático. Solamente la OTAN puede hablar con una sola voz, con una indiscutible cadena de mando y un consenso doctrinal. El «polo de defensa europeo» depende de organizaciones artificiales como la antigua UE0 o de las ilusiones. ¿Qué otro poder regional puede llevar a la práctica –mucho menos revocar– una resolución de Naciones Unidas?

Resulta sintomático que en 1989 ningún miembro de la OTAN –una alianza para la defensa– rompiera la disciplina: bravo, ganamos, vamos a celebrarlo y adiós. Pero ¿sintomático de qué? No solo del agotamiento de Europa, resignada a su estatus de vasallo, soñando su sueño federalista de una gran Confederación Helvética –una Suiza sin montañas ni servicio militar obligatorio– mientras deja su seguridad en manos de Estados Unidos. Juicios de valor al margen, esta incoherencia estratégica es en sí misma una señal de cohesión: la «comunidad de valores» y de miedos es lo suficientemente fuerte como para superar divergentes intereses en cada lado del Atlántico.

El supuestamente elevado terreno de ideales y valores –más importante para constituir un equilibrio de poder de lo que los idealistas pueden pensar– despliega la misma capacidad de integración. La noción de «los

derechos del hombre y del ciudadano» –aunque reescrita por el hiperindividualismo como «derechos humanos» de los que ha desaparecido el ciudadano– establece las bases para legítimas normas cívicas. Y aunque estas normas están lejos de ser respetadas en todas partes, el abuso de autoridad del dictador es objeto de la censura general, no solo en los países afectados. Los «valores asiáticos» –la primacía del grupo sobre el individuo, la disciplina, la jerarquía, la armonía, la frugalidad– brevemente esgrimidos por algunos recalcitrantes (Malasia y Singapur), no aguantaron las conmociones de la crisis económica de 1997. Los valores islámicos han encendido últimamente los movimientos más fuertes de desobediencia civil, pero, puestos a prueba en el poder, a largo plazo no parecen garantizar un destino mejor. Ancladas en la revelación en vez de en la sagacidad, las palabras del Profeta son más restrictivas que las de Confucio: la imposición de la *sharia* es contestada dentro del mundo musulmán por los jóvenes con educación y por segmentos de la clase media urbana, mientras que en Occidente el cemento de los «derechos humanos» da pocas señales de agrietarse¹. Incluso si la tardía conversión de los colonizadores –expertos durante mucho tiempo en napalm, tortura y trabajo forzado– a la religión de los derechos provoca una sonrisa en los labios del ex colonizado, la posición tiene una aprobación verdaderamente unánime, por la misma razón que la joven musulmana en Túnez o Irán lleva vaqueros bajo el velo. La vestimenta también es un compromiso.

Monopolio de lo universal

Todos los Estados persiguen en el exterior sus intereses vitales. China, escasa de materias primas para su desarrollo, mantiene una celosa vigilancia sobre sus fuentes de materias primas y sus cadenas de aprovisionamientos en ambos hemisferios, sin un tacto excesivo; podemos llamarlo egoísmo sagrado, algo que nos es muy familiar. Pero solamente Occidente tiene la capacidad para presentar sus intereses particulares como una expresión de los de la humanidad en general; como libertad, emancipación y progreso. El emblema geográfico de esta coincidencia es la domiciliación en Nueva York de la sede de Naciones Unidas.

¹ Sin embargo, pequeñas fisuras aparecen de vez en cuando. En 1981, como miembro de la delegación francesa en la ONU, el autor puede dar fe del apoyo de la Administración estadounidense a los jemeres rojos después de su derrocamiento por Vietnam. El escaño de Camboya todavía estaba ocupado por los representantes de Pol Pot, por explícita presión de Washington. Argumentos para relativizar no la referencia, sino la reverencia debida a estos campeones de los derechos humanos.

La institución que está acreditada como la conciencia universal, situada en el corazón de la solitaria superpotencia; la metrópoli de la ley más elevada es la misma que la de la mayor fuerza militar. Los diez países que votaron la resolución 1973 del Consejo de Seguridad que establecía una zona de exclusión aérea sobre Libia representan el 10 por 100 de la población mundial, igual que los diez países del sureste asiático miembros del ANSA. Pero estos últimos nunca se describirían a sí mismos como la «comunidad internacional», excepto como chiste. Esta engañosa presentación no es una invención de voceros políticos. Es una sincera creencia, mitad paternalista, mitad evolucionista, que envuelve el clásico doble rasero en el más encarnizado idealismo: derecho a la secesión de Kosovo, pro occidental, pero no de Abjasia u Osetia del Sur.

La aristocracia de la humanidad –una confederación de democracias que se considera a sí misma como una Liga del Bien Público enfrentada a una Alianza Sagrada de déspotas y ladrones– no puede verse a sí misma como lo hace el resto del planeta: simplemente otra Alianza Sagrada. Incapaz de entender el odio que despierta, la falta de conciencia de Occidente permite su buena conciencia. Ni los asiáticos ni los africanos reclaman tener la llave de la felicidad futura, mientras que los musulmanes ya no sueñan con remodelar el resto del mundo a su imagen. Los pastunes conocidos como talibanes solamente quieren librarse de los extranjeros y establecer la *sharia* en sus valles. Nadie más, aparte de Estados Unidos, emite opiniones sobre todo lo que pasa en el mundo, crea e impone listas de chicos malos (modificadas para encajar en las necesidades de la coyuntura) o decide las sanciones contra tal o cual Estado canalla. El gendarme del mundo también es su juez, ya que Estados Unidos está en posición de instrumentalizar y soslayar al Consejo de Seguridad. A pesar de los vetos rusos o chinos, que retrasan más que evitan, y con organismos desactivados y una Asamblea General no ejecutiva, La Organización de Naciones Unidas está tan lejos de ser un obstáculo insuperable que incluso un antiguo secretario general, Boutros-Ghali, podía manifestar que estaba «supeditada a la Alianza Atlántica»².

Occidente es el único bloque de Estados dispuesto y capaz de derrocar lejanos regímenes que no representan una aparente amenaza a la paz mundial, con o sin la aprobación de la ONU; o de apoyar rebeliones,

² Véase su observación realizada en un seminario el 7 de abril de 2009, titulado «La politique extérieure des Etats-Unis après l'élection d'Obama»; disponible en la web de la Fondation Res Publica.

disidentes y separatistas a través de medios clandestinos o semiencubiertos. Desde luego, las naciones imperiales siempre han querido ejercer el control sobre su vecindario: Rusia, sobre su *glacis* europeo y caucásico; China, sobre sus «territorios fronterizos», Tíbet, Corea del Norte, Mongolia; India sobre los pequeños Estados del Himalaya, Sri Lanka y Bangladés. Pero todavía está por ver al Reino del Medio lanzando misiles de crucero cargados con bombas de racimo a diez mil kilómetros de sus costas, u ofrecer mensajes de apoyo a vascos, kurdos, irlandeses o flamencos. Tampoco Irán rodea a Estados Unidos de bases militares en las fronteras de México y Canadá, como las que hay en Iraq, Azerbaiyán, Turkmenistán, Kuwait, Qatar y Omán. Hay una gran diferencia entre una amenaza percibida y una real.

Dado que Estados Unidos tiene intereses en todas partes, «garantizar la seguridad de Estados Unidos» –el primer deber de su presidente, también de hecho el comandante en jefe de la OTAN– exige una capacidad no menos global para la proyección de la fuerza armada, que solamente tiene Estados Unidos. Con 700 millardos de dólares anuales, el presupuesto militar estadounidense equivale al del resto del mundo, aunque cuenta con las mejores defensas naturales. Solamente la OTAN tiene bases en los cinco continentes; hay ochocientas instalaciones militares estadounidenses en el exterior. Esta combinación sin precedentes de pragmatismo y mística, de resuelta modernidad y acérrimo arcaísmo, es lo que constituye el poder del nuevo orden mundial.

La escuela de negocios global

Occidente garantiza y modela la formación de las elites internacionales a través de sus universidades, escuelas de negocios, instituciones financieras, colegios de formación de funcionarios, organizaciones comerciales, fundaciones filantrópicas y grandes corporaciones. Ningún imperio ha gobernado exclusivamente mediante la fuerza. Necesita apoyarse sobre círculos gobernantes nativos, y esta incubadora centrífuga produce una clase global de gestores que incorporan su lenguaje, sus referencias y revulsivos, sus modelos organizativos (imperio de la ley y «buena gobernanza») y sus normas económicas (Consenso de Washington). Este moldeado de cuadros gestores, de una clase media ya globalizada, es lo que transforma la dominación en hegemonía, la dependencia en aceptación. Más allá de los periodos de prácticas para jóvenes dirigentes –las embajadas estadounidenses organizan tres mil al año– esta fuga de

cerebros digital engendra un compartido inconsciente colectivo. Los «príncipes rojos» chinos envían a sus chicos para que se eduquen en Estados Unidos, de donde regresan bien equipados para la persecución de la riqueza. En Europa, los jóvenes no solo encuentran natural, sino indispensable, obtener una cualificación de uno de esos «centros por excelencia».

No hay país, minoría o secta, por remoto que sean, que no tenga su bomba de succión en forma de representantes más o menos bien implantados en Estados Unidos, con sus conexiones con el Congreso y la Administración, cuyos elementos mejor situados pueden, si quieren, regresar a su país de origen convirtiéndolo en su segundo hogar. Son los afgano-americanos, albano-americanos, mexica-americanos, africa-americanos (el estilo de Jean Monnet, galo-mericano, fue simplemente un prototipo). Este departamento planetario de recursos humanos puede sacarse al instante a un Karzai del bolsillo. A un palestino del Banco Mundial, a un italiano de Goldman Sachs, a un libio o georgiano remodelados: la facilidad con que Estados Unidos es capaz de instalar un capitán en cualquier timón es la recompensa por su generoso abrazo a los extranjeros, una apertura de la identidad nacional a la que nunca se arriesgó el Imperio británico pero que ha proporcionado a su sucesor cientos de miles de hijos adoptivos, de todas las nacionalidades, y la posibilidad de llenar sus embajadas de gente que procede de sus países de residencia.

China, India, Egipto, incluso pequeños Estados como Israel o Armenia, se benefician de las leales diásporas como canales de influencia. El papel de los 30 millones de chinos expatriados en el sureste de Asia es bien conocido. Estados Unidos, que ya no es tierra de emigración más delo que puedan serlo los países nórdicos, lo hace mejor: en casa tiene 42 millones de emigrantes, las diásporas de todos los continentes: hispanos, asiáticos, africanos. Solamente los Estados occidentales –y en primer lugar y sobre todo Estados Unidos– tienen tantos pasillos hacia países lejanos. Los podemos periodizar como sigue: entre 1850 y 1950 Occidente explota a los nativos, los inocula, abre escuelas. Entre 1950 y 2000, los nativos que han sobrevivido aprendiendo la lengua llegan como emigrantes a Occidente. Entre 2000 y 2050 Occidente educa a los que tienen más talento y los devuelve a puestos clave en sus países de origen, para propagar sus ideas y defender sus intereses. ¿Todos ganan?

Programando las sensibilidades humanas

Parece lógico que el dólar haya sido la moneda mundial de reserva desde 1945, permitiendo a Estados Unidos adentrarse en la deuda sin demasiado dolor. No supone coacción alguna; ha sido algo completamente consensuado, aunque sin duda ayudado por el acompañante poder militar. Dar a los países del Golfo exportadores de petróleo garantías de seguridad contra sus vecinos iraníes asegura que no tendrán la loca idea de vender su petróleo en euros en vez de dólares. Pero el consentimiento no se produciría de forma tan natural sin la ayuda del «poder blando». Las diez principales agencias de publicidad son occidentales; Hollywood puede conquistar la mitad de la taquilla de la RPCH con solo diez películas, mientras que el milagro chino no parece haber extasiado al propio Reino del Medio. *Star Wars*, *Avatar*, *Batman*, McDonald, el arte contemporáneo, los vaqueros, el béisbol: en las relaciones de amor-odio, de seducción-repulsión que mantiene Occidente con sus periferias, por muy antiguas o grandes que sean sus poblaciones, la transmisión audiovisual de un nivel de vida y de un estilo de vida incomparablemente más alto es mucho más valiosa que cualquier propaganda. Estados Unidos no tiene necesidad de institutos culturales –Cervantes, Goethe, Confucio– para estampar su sello. En Vietnam, la Coca-Cola ganó la guerra que los soldados perdieron.

Una consecuencia es que ahora Occidente se encuentra siendo el abanderado de batallas por la emancipación cultural –homosexuales, mujeres, negros, minorías– por todo el Este y el Sur³. Igual que los disidentes comunistas eran los hijos del *rock'n'roll*, los disidentes islamistas pueden ser los retoños de Disney y Madonna. E igual que la industria del ocio puede hacer dinero de los enemigos del espectáculo, la corriente dominante del capitalismo explota el talento de aquellos que se oponen a él. Las páginas de opinión de *The New York Times* pueden estar vedadas para Noam Chomsky, Robert Fisk, Edward Said y Howard Zinn, pero la proliferación de pequeños periódicos, emisoras de radio, revistas y páginas web permite que estas voces disonantes se oigan más allá de los márgenes. Michael Moore y Charles Ferguson, director de *Inside Job*, son tan respetables como Krugman o Stiglitz en el terreno de la economía. Las leyes del beneficio y la libertad de opinión han obligado al mundo anglosajón

³ Este es el argumento de Frédéric Martel en *Mainstream: Enquête sur cette culture qui plaît à tout le monde*, París, Flammarion, 2010; véase también *Médium*, núm. 27, abril-junio de 2011, «Mainstream en question», conversación con Frédéric Martel.

a desarrollar una capacidad digestiva que absorbe y recicla células rojas, o incluso color azafrán: el Dalai Lama, cuyos preceptos budistas se oponen rigurosamente a las prácticas mundanas de Occidente, se convierte en ciudadano honorario de cualquier sitio. De ahí la paradoja de un imperio enzimático que no ilegaliza a sus anarquistas o antiimperialistas domésticos; en el que se permite la crítica de la anexión ilegal de Cisjordania, y donde el analista político puede argumentar a favor de la bomba iraní como garantía de la paz, no del fin del mundo⁴. Como si la fuerza gravitatoria de esta civilización hubiera radicalizado la fórmula de Nietzsche: lo que me quiere matar me hace más fuerte. Inmunizarse mediante la absorción regular de una crítica negativa, en eso se encuentra el gran talento de Occidente, su dinamismo y su blindaje.

La innovación científica

Ahí podría haber estado nuestro punto de partida: un sobresaliente I+D que condujera a un claro liderazgo en este decisivo terreno. No hay duda de que disminuirá: ya hay más ingenieros indios o chinos que estadounidenses. Pero la lista de premios Nobel de la ciencia y de patentes industriales debería tranquilizar a cualquier escéptico: en el terreno de la ciencia, las claves del futuro todavía se encuentran en Silicon Valley y en el MIT. Esta concentración de materia gris tiene un resultado curioso: hay un amplio consenso en que la infoesfera impone el inglés como la *lingua franca* de los cinco continentes, y que un lenguaje de la comunicación es tanto una manera de pensar como una herramienta. No sorprende que el ejército egipcio sea un anexo del Pentágono, habida cuenta de que este último garantiza su financiación, entrena a sus oficiales y, por encima de todo, suministra sus celosamente codiciadas armas y sistemas de *software*; lo mismo de siempre. Pero resulta más llamativo el hecho de que la plaza Tahrir se organizara a través de la Red, de Facebook y de los mensajes de correo electrónico, utilizando el «saber hacer» de los campus californianos. Las herramientas de los levantamientos antioccidentales son occidentales, y los secuaces de Estados Unidos son indirectamente despedidos por Estados Unidos. El modelado del comportamiento –que si duda puede hacer malas jugarretas al aprendiz de brujo– permite que Estados Unidos, mediante corporaciones y otras extensiones propias, se compre a sí mismo a ambos lados del mostrador: policía secreta y torturado Hermano Musulmán.

⁴ Kenneth Waltz, «Why Iran Should Get the Bomb», *Foreign Affairs*, julio-agosto de 2012.

Sabemos que Al Qaeda adoptó célebremente el modelo empresarial de McDonald's: una sociedad anónima con franquicias a distribuidores locales. Pero la web, el desarrollo en el corazón de las nuevas tecnologías «made in USA», propaga y refuerza la esencia de la propia modernidad: la primacía del individuo sobre el grupo. La interconectividad de Internet no solo eleva la horizontalidad de las relaciones sociales, libres de la jerarquía y el control desde arriba; da al individuo un espacio sin precedentes para la iniciativa. La revolución de la tecnología de la información, modelada por Occidente, puede interpretarse como los servicios posventa de un internalizado capitalismo protestante.

CINCO HANDICAPS

Arrogancia de lo global

Orgullo, falta de moderación, caída: el héroe trágico antes o después debe pagar el precio. La pérdida del sentido de la proporción, ese viejo defecto imperial, actúa ahora a escala mucho mayor. Los precedentes español, holandés, francés e inglés eran relativistas, se consideraban vulnerables; por muy megalómanos que fueran, no pretendían reducir, supervisar e inspirar a todo el planeta. Una cuarta parte de la superficie de la Tierra era suficiente para la reina Victoria y solo unos efímeros «hijos de Alejandro» –Napoleón en 1808, el Reich de los Mil Años en 1941– esperaban más que eso. Pero desde la derrota soviética en 1989, la Alianza Occidental ha caído presa de delirios de grandeza. Alardeó de «establecer un nuevo orden mundial desde Vancouver hasta Vladivostok». Multiplicó sus «socios» por todo el mundo. Desde Oriente Próximo (Israel, Jordania), hasta el Cáucaso, Asia Central y Europa del Este, llegando a imaginar que podía incorporar a Moscú a su órbita, enviando a los intelectuales parisinos para reciclar la totalitaria alma eslava de acuerdo con el nuevo catecismo.

Lo que era imposible ayer todavía lo es más hoy, con la proliferación de actores tanto por encima como por debajo del Estado. Ninguna *Pax Americana* –o china– puede mantener el orden y la seguridad cuando la propia ONU parece poco más que un corcho en el océano. Ninguna superpotencia, con o sin escudo antimisiles, está a salvo del gas sarín o de un camión de explosivos, mucho menos, de las consecuencias de una epidemia o un tsunami. Querer estabilizar un mundo que prospera

sobre la inestabilidad –y que todavía sería más violento y conflictivo si estuviera desnuclearizado, dado que daría rienda suelta a las armas convencionales por ambos lados– es una ilusión digna de un Pangloss o un Doctor Strangelove. Los neocons de la década de 1990 no estaban demasiado lejos de eso.

El término «sobrecarga imperial» una vez describió el momento en que la ambición del centro excedió a sus capacidades físicas en la periferia⁵. Con las tecnologías electrónicas y digitales, esas capacidades han dado un formidable salto adelante en las últimas tres décadas. Ver todo, oír todo, descifrar todo, incluso en el otro extremo del mundo, ya no es técnicamente imposible. Tampoco es matar a través de la pantalla a un sospechoso que está a quince mil kilómetros con misiles Hellfire disparados desde un dron Predator. O paralizar el sistema de control de un rival con un virus de ordenador como Stuxnet. Desde los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, el nuevo modelo occidental se puede permitir unos daños colaterales mucho mayores que los que soportaban las legiones romanas o napoleónicas. Su superioridad aérea y espacial lo expone a mayores excesos que los del control británico de los mares. El «bombardeo preventivo», fuera de cualquier marco legal definido, confirma la prognosis de Carl Schmitt sobre la desterritorialización de la guerra y su mutación en operaciones militares de orden policial. Pero la fuerza del débil sigue siendo lo local, frente a la cual lo global se convierte en la debilidad del fuerte.

Complejo de superioridad

La confianza en sí mismo que resulta de estar en la cima te hace indiferente a las duras realidades de abajo. Aterrizar es fatal para un avión de vigilancia a no ser que sea dentro de una imperial «zona verde». El gigante Anteo recuperó su fuerza tocando la tierra; aquí es el caso contrario. La civilización que inventó la etnología, la civilización de Montaigne y Lévi-Strauss, ahora despliega una mezcla de arrogancia e ignorancia en sus acciones allende los mares que hubiera horrorizado a un Estrabón o a un Polibio. Estos mesiánicos misioneros, prisioneros tanto de su abstracto universalismo como de su equipos de televisión, omnubilados por sus propios fuegos artificiales, se toman muchos años para darse cuenta de que, a ojos de los locales, son una invasión y una fuerza de ocupación.

⁵ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, 1987, p. 515.

Saturan un teatro de operaciones del que no conocen ni el pasado, ni el lenguaje, ni la religión, ni la comida, ni la estructura de la familia o los reflejos elementales. Pueden tranquilamente prender fuego al Corán u orinar sobre el cuerpo de un enemigo. El gendarme del mundo ignora en gran medida al mundo y no quiere saber nada de otro sistema de valores distinto al suyo. Eso tiene un precio.

La democracia como un absoluto constituye una paja en el ojo. Deja de lado los problemas intelectuales de utilizar una inocente «D» mayúscula para eliminar todas las distinciones concretas entre una y otra forma de democracia: democracia «consociacional» (Líbano, con sus complementos comunialistas), democracia étnica (Bulgaria, Israel, Turquía, con ciudadanos de primera y segunda clase dependiendo de su origen étnico), parlamentaria (Gran Bretaña), secular (Francia), religiosa (Egipto, Túnez), fideísta y plutocrática (Estados Unidos: Acción de Gracias más la publicidad política de pago), etcétera. Más graves son las repercusiones prácticas de olvidar que el mundo no está formado por individuos (un hombre, un voto), sino por comunidades –nacionales, religiosas o tribales– que determinan las lealtades y el comportamiento de los individuos.

Los intrusos, reforzados por helicópteros que escupen fuego, fajos de dólares y organizaciones no gubernamentales, simplemente tocan la superficie de los países ocupados antes de regresar a sus bases fortificadas. Aquellos que están perdiendo la guerra en Afganistán deberían recordar cómo Francia, con sus aparatos para aplicar descargas eléctricas y sus teóricos, perdió Argelia. Habrían hecho mejor en consultar la *Metamorphoses de la parenté* (2004), de Maurice Godelier, donde podrían haber aprendido que la tribu –una formación colectiva con un futuro prometedor– representa la unidad de base de más de medio mundo. Desde los reinos beduinos a las Américas precoloniales, pasando por Asia Central, África y Europa meridional (los crímenes de honor de Sicilia y Albania). Y que este hemisferio no establece su orientación en base a los derechos humanos ni al interés individual.

A ningún grupo humano le gusta ver que los extranjeros controlan su casa. Este reflejo puramente animal lleva un noble nombre: soberanía. En Europa, la noción –de hecho, el sentimiento– del honor nacional provoca sonrisas de piedad o de estupefacción en dos de cada tres personas menores de cincuenta años. En Estados Unidos, el etnocentrismo es tal

que la gente no puede imaginar que estos nobles sentimientos puedan ser compartidos por pueblos atrasados. Para un emancipado posnacional, para un habitante de alguna posmoderna Margen Izquierda que considera al Estado-nación como una pieza de museo o una broma, la idea de que unos cincuenta pueblos están preparados para luchar por obtener uno, indica un patético infantilismo. Para los renacidos militantes del Tea Party, cualquier ser humano que quiere ondear otro pabellón que el de las barras y estrellas debe ser parte del Eje del Mal. Por falta o por exceso de atención, el resultado es una zona de sombra.

Nacido en Hawái, educado en Indonesia, maestro del marketing, Obama está mucho más educado que un patán como George W. Bush, que tanto fascinó a dirigentes europeos, desde Blair a Sarkozy. Sabe que aquí abajo existen otros mundos y de ahí su comportamiento más cortés. Pero considerar que esta corrección representa una conversión al multilateralismo sería confundir los deseos con la realidad, y olvidar que un *outsider* estadounidense puede estar más imbuido de los mitos fundacionales de este país que alguien del rebaño del viejo WASP, olvidar que puede estar más convencido de que debe luchar por defender los privilegios ontológicos de su Tierra Prometida con todos los medios necesarios. Incluyendo los clandestinos. Y por ello el cibersabotaje y los drones asesinos hacen incursiones sobre países soberanos. Según fuentes estadounidenses, durante sus primeros cuarenta meses el gobierno de Obama autorizó cinco veces más asesinatos selectivos, solamente en Paquistán, que Bush en ocho años, 262 contra 49, con incontables víctimas civiles y proporcionando a Al Qaeda unos reclutas ideales entre los supervivientes. El Comando de Operaciones Especiales (SOCOM por su acrónimo en inglés), con un presupuesto que ha aumentado en diez años desde 4,2 hasta 10,5 millardos de dólares, cuenta con una plantilla de 60.000 personas, incluyendo operativos repartidos por setenta países. El «ejército del Presidente» depende cada vez más de la «comunidad de inteligencia»* en vez del Pentágono, para evitar cualquier complicación judicial⁶.

Ya sea blanco, negro, tenga mezcla de razas o sea amarillo, el presidente de Estados Unidos es, ha sido y será siempre un «excepcionalista» que

* Se trata de una federación de organizaciones de inteligencia estadounidense que dirige la NSA y dependiente de la Casa Blanca [N. del T.].

⁶ Cifras de la New America Foundation, citados en Chris Kirk, «Obama's 262 Drone Strikes in Pakistan», Slate.com, 8 de junio de 2012; y «Admiral Seeks Freer Hand in Deployment of Elite Forces», *The New York Times*, 12 de febrero de 2012.

estará imbuido del sentido de tener una misión superior; las únicas variables dignas de atención son el cómo y en qué medida. Solamente los países con una poderosa mística o mitología nacional son capaces de una poderosa política exterior, con todo lo que eso implica en términos de crueldad e ilegalidad en el extranjero, pero también de renuncia y sacrificio doméstico. El «Destino Manifiesto» de Estados Unidos o el «Pacto de Yahvé» con Israel, dos naciones que no tienen ninguna duda sobre sus orígenes sobrenaturales, les proporciona una vocación para este tipo de estado de excepción. Aquellos que están convencidos de que llevan consigo algo incompatible con la norma no se sienten obligados a obedecer los mismos tratados o convenciones. En 1998, un puñado de países, incluyendo a Estados Unidos, China, Israel y Qatar, se opusieron formalmente al establecimiento del Tribunal Penal Internacional. Después, amenazando con represalias diplomáticas o recortes de los suministros de alimentos, Estados Unidos obtuvo el acuerdo de sesenta países para garantizar por escrito la impunidad de los soldados estadounidenses, privando así de su sustancia al tratado por el que se creaba el Tribunal. Someter a un militar estadounidense a las mismas restricciones legales que a cualquier otro puede provocar ahora sanciones por parte de Estados Unidos.

Rechazo del sacrificio

El 24 de agosto de 1914, 26.000 soldados franceses murieron en el frente. Poincaré no abandonó su despacho: mañana iría mejor. De hecho, una media de 1.000 soldados murieron diariamente entre 1914 y 1918. El 18 de julio de 2011, siete soldados franceses murieron en una emboscada en Afganistán. La nación les rindió homenaje: en el funeral el presidente rezó un responso y no tardó en visitar el lugar de la emboscada; un frenesí de los medios de comunicación. Una de las familias de las víctimas presentó una demanda de indemnización por «violación del servicio». En Indochina y Argelia, las comparaciones más cercanas, la pérdida de vidas humanas, aunque a una escala totalmente diferente, no dieron pie a semejantes fanfarrias o recriminaciones.

La inversión de nuestra relación social e individual con la muerte, en un espacio de tiempo tan corto, es un asombroso fenómeno cargado de consecuencias. En su interior, Occidente ya no tiene la moral de su moralidad, el valor de sus valores es menor, por lo menos, de lo que promete o declara. Los brazos han crecido, el corazón se ha encogido.

La fobia a la confrontación física; el surrealista ideal de una guerra sin muertos; la sustitución del culto al héroe por el culto a la víctima; el fin del servicio militar; la consignación al museo del ciudadano-soldado para ser sustituido por el ejército profesional, compuesto en la medida de lo posible por ilotas y extranjeros. Goliat se ha ablandado. Sin duda era el precio a pagar por un nivel de vida más elevado, por el triunfo del imperativo de la felicidad y de los derechos sobre los deberes, así como por las repercusiones psicológicas del sobreequipamiento electrónico. El grito de los nuevos dispensadores de justicia –«¿Qué esperamos para mandar los aviones?» sobre Belgrado, Kabul, Trípoli, Damasco, Tombuctú– optimiza el tranquilo control del espacio aéreo mientras se adhiere al principio de la seguridad en primer lugar. El arrogante soldado del mañana no estará en un avión, sino en una pantalla.

Este es el triunfo mediático de un delantero que se pasa el partido en el banquillo. El ambiente es intervencionista, el clima pacifista: una contradicción. Para neutralizar a la oposición, Occidente ahora tiene que bombardear bajo el disfraz de amigo de la humanidad. El miedo a lo real llega a la prohibición de la palabra «guerra» a favor de «operación de paz» o «proteger a la población civil». La utilización de la fuerza bajo la tutela de las PsyOps [Guerras Psicológicas] tiende a encubrirse como ayuda humanitaria. Los soldados son asesorados para presentarse como trabajadores sociales. Los prudentes pintan su casco de azul: prácticas duras, ideales blandos. Sus fanáticos adversarios no saben nada de este paréntesis: sin comparables panoplias de terror, piensan con firmeza y actúan también con firmeza. En otras palabras: si Oriente retiene un sentido de lo sagrado, Occidente ha prescindido de él. Hay muchos para quienes la «nueva idea en Europa», un ideal de felicidad en la frase de Saint-Just, parece despreciable y caducada. Pero su ausencia crea una paralizadora ansiedad sobre la «protección del personal» y, corriente arriba, evasiones, clichés e interesadas mentiras. Preservar la dulzura de los conflictos de la noche con el espíritu del cruzado; una cosa más propia de la madrugada.

Prisión a corto plazo

El hándicap de toda la vida de las democracias, que «solamente abordan problemas externos por razones internas», como decía Tocqueville, se ha visto exacerbado por la llegada del Estado seductor y el gobierno de la opinión. Ansioso por la reelección, el ejecutivo debe obedecer

mandatos de congresistas o de electorados clave, hasta el punto de suscitar el antagonismo de mil millones de musulmanes para apaciguar a una comunidad influyente. La obligación es obtener resultados rápidos, de ahí los atajos y el oportunismo. En su estela viene la reducción de los mandatos (de siete a cinco años para el presidente francés, por ejemplo), el baile de personal, la reducida capacidad de atención y el obsesivo cambio de canales. Y esto en el momento en que están resurgiendo las temporalidades que marcan una época de memoria étnica y mesianismo religioso: el regreso del inca, del zulú, del bereber, del lama, del rabino, del ayatolá, del archimandrita. Infeliz *chassé-croisé*. El cortoplacismo de los *indignados* del Norte está desacompañado con el de los *indignados* del Sur. Aquí los sentimientos se vuelven intensos ante insoportables imágenes de masacres, hambres y violencia, pero la burbuja de una emoción mediatizada no durará un mes; lo óptimo es de tres a quince días. No se trata solo de que las imágenes puedan ser diferentes —la Operación Plomo Fundido, ausente de las pantallas occidentales, fue transmitida en directo por Al-Yazira con corresponsales sobre el terreno—, sino de que la amargura es paciente y subterránea al estilo de la *vendetta*, aunque lista para explotar a la primera excusa. Occidente sueña con una guerra relámpago; el Sur, que la ve viniendo desde lejos, prefiere una guerra de desgaste. Aquí hablamos sobre ataques aéreos; allí, sobre resistencia. El atacante atruena e invade en un instante; la resistencia atasca al enemigo, se infiltra y lo agota. En otras palabras, el tiempo actúa en contra de Occidente, amo del espacio y rehén del momento.

El presentismo, que se alimenta de frases y videoclips, es un no realismo estratégico, ya que oblitera el pasado y el futuro. Mirando hacia adelante, no hay una evaluación de las consecuencias a medio y largo plazo de decisiones inmediatas, que habitualmente resultan opuestas al objetivo previsto; el Iraq suní cayendo bajo el control del chiísmo proiraní es el paradigma. El presentismo emocional socava la inteligencia estratégica. Mirando hacia atrás, encerrado en su confuso y volcánico moralismo, el Occidente presentista ignora las memorias de otros y las humillaciones a las que les ha sometido. Los dominados siempre tienen una memoria de más alcance que los dominadores. El comercio de esclavos no es papel mojado para los descendientes de los esclavos; tampoco el segundo colegio electoral que amañaron los franceses para los argelinos; ni las señales de «ni perros ni chinos» en el sector francés de Shangháí para los bisnietos de los culis. El sentimiento de humillación —un «motor de la historia» menospreciado durante mucho tiempo,

aunque mucho más explosivo que la explotación económica debido al resentimiento que conlleva— no ha figurado desde 1945 en las pantallas de radar de los que toman las decisiones en Occidente. Hay un precio a pagar por este desdén. (Se puede decir, para suavizar esto, que hacerlo de otra manera hubiera ido en contra de la naturaleza humana. Todos recordamos los golpes que hemos recibido mil veces mejor que los que hemos dado).

Dispersión de alborotadores

Un efecto colateral del desgaste de los Estados-nación bajo el asalto del intervencionismo occidental, ha sido la dispersión de las fuentes del desorden, que, cada vez más, engañan a la vigilancia del centro. El hecho de que la otra cara de la globalización tecno económica haya sido la balcanización políticocultural del planeta no puede atribuirse a ningún descuido en particular: el aumentado estrés sobre la pertenencia, que ha seguido a la estandarización tecnológica, es un fenómeno termo-mecánico con su propia lógica, como una válvula o las mareas. Pero olvidar que el Estado mantiene un monopolio de la violencia legítima —y que su destrucción provoca la proliferación de guerrilleros con kalashnikovs, difíciles si no imposibles de reconocer como interlocutores— es un error muy humano. Dinamitar el cierre de seguridad de la soberanía política, con ataques de misiles y de comandos, acaba por conjurar a fuerzas étnicas o místicas con las que es difícil razonar ya que hablan un lenguaje diferente.

No hay duda de que Israel preferiría tratar con autoridades estatales establecidas, como en las guerras de fronteras de 1956, 1967, 1973, que con unas ONG armadas y nómadas sin número de teléfono. Mejor la Autoridad Palestina en Cisjordania que Al Qaeda; mejor Hamás en Gaza que el clan Darmush dedicado a la venta de rehenes; en Siria, mejor un tirano oficial, pero localizado «un león en Líbano, pero un conejo en el Golán», que cientos de fanáticos religiosos con misiles tierra-aire desperdigados por el país. Quizá no fue una idea tan buena eliminar a Arafat y convertir a la Autoridad en el hazmerreír del común de los palestinos, o ignorar a Hamás, que fue drástica en llamar al orden al clan Darmush, y que mantiene a sus extremistas atados en corto en la propia ciudad de Gaza.

La primera línea de la yihad global es avanzar a través de las regiones donde el Estado central está colapsando, en el África subsahariana en particular, y a Occidente no le falta culpa en esa desintegración.

Después de aliarse con el wahabismo y el dinero saudí para derrotar a los más o menos seculares y *marxisant* movimientos nacionalistas árabes, Occidente se queja ahora de tener que tratar con potenciales teócratas. Un crítico impertinente todavía puede ver la *Umma* reunificada, sin fronteras ni nacionalidades, soñada por el paquistaní Abul-Ala Maududi, como una contrapartida onírico-teológica de los sueños del francés Pascal Lamy de gobernanza global sobre el mercado único de la OMC. Pero es evidente que la privatización de la violencia es de poca preocupación para los autoproclamados custodios de la paz mundial, tanto internamente en lo que atañe a las redes criminales transnacionales, o externamente en lo que se refiere a la propagación de los arsenales químicos, biológicos y nucleares en manos poco fiables. Frankenstein tendría razón en preocuparse.

Para concluir: el balance de «grandezas» y «limitaciones» de Occidente – no lo que tiene, sino lo que es– ¿alcanza un equilibrio? Dinámicamente, es probable que no, pero a corto plazo rotundamente sí. No se trata de que el jefe de la modernidad esté en la pista correcta, todo lo contrario. Lo positivo que Occidente considera que representa es un *trompe-l'oeil* cada vez menos convincente. Pero nos guste o no, por ahora permanece en la primera línea de la parrilla; aferrándose a la cuerda, dirían los franceses. Y no a punto de encontrar otra de la que colgarse, como Lenin una vez alegremente predijo.